

Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia

Editor: Fr. LANGE

CONTENIDO:

	Página
EL lugar del servicio cristiano	1
El hombre que alborotaba al pueblo	4
Walther y la misión	13
¿Fue San Pedro El primer Papa?	20
La Federación Luterana Mundial y el movimiento ecuménico	27
Moisés	34
Bosquejos para sermones	40

Publicado
por
La Junta
Misionera
de la
Iglesia
Evangélica
Luterana
Argentina

MOISES

Este artículo forma parte del "Diccionario de la Santa Biblia" de Editorial Caribe que próximamente será editado.

F. L.

Su nombre que le fue dado por la princesa egipcia, es Mosheh, según la Biblia hebrea. El origen egipcio de este término es probable y se considera una derivación de mesu —hijo— según la deducción de los egiptólogos. Más tarde se hebraizó este nombre (Ex. 2:10) (**maschah** = sacar). Como padres de Moisés se mencionan a Amram Joquebed, ambos de la tribu de Leví (Ex. 6:20), y como hermanos mayores a Aarón y María. Su madre que se opuso a la orden del Faraón de arrojar al niño al Nilo, escondió primeramente al recién nacido por tres meses en su casa y después lo expuso en el Nilo, donde lo descubrió al bañarse la hija del Faraón concediéndole un hogar en su residencia. Probablemente se trata de la era de Tutmosis III (1504-1450) que debe ser considerado como el Faraón de la opresión y a quien no hay que confundir con el Faraón del Exodo, que sería Amenofis II (1450-1424).

Para el desarrollo de Moisés fue de mucha importancia lo particular de su salvación, pues la princesa que lo adoptó hizo que fuera enseñado y educado en la corte Hech. 7:22), aunque la afirmación de Filón que Moisés haya sido instruido en toda la sabiduría helenística y oriental que se acumuló en Alejandría, no se atiene a la realidad de los hechos. Helenismo y Alejandría son de tiempos bastante posteriores. Aún más fantástica resulta la teoría mencionada por Josefo de que Moisés haya sido un sacerdote de Osiris en Heliópolis que sólo más tarde adoptó el nombre Moisés, o la otra de que Mosés haya intervenido militarmente con mucho éxito en una guerra contra Etiopía.

De todo esto la Biblia no sabe nada. Con respecto a sus primeros tiempos las Escrituras se limitan a informar que no obstante de su posición social en la corte, Moisés no se avergonzó de su origen (Heb. 11:24) y que huyó de la ira del Faraón a Madián, por causa de un incidente violento (Ex. 2:11 ss.) que le fue recriminado por sus compatriotas.

Madián se encuentra en la parte sudoriental de la península de Sinaí. Allí se casó con Séfora, la hija del sacerdote Jetro. Que según Ex. 2:18 Jetro se llama Ragüel, no demuestra, como muchas veces se concluye, la existencia de dos distintos documentos originales. Parece más bien que Ragüel fue el nombre verdadero y Jetro un título como "excelencia". En su destierro le nacieron a Moisés dos hijos, Gerson y Eliezer.

Esta vida en el desierto fue para Moisés de no menor importancia que el período de su educación en la corte del Faraón. Aquí mientras pastoreaba pacíficamente su rebaño, fue llamado a ser el salvador de su pueblo. Ya habían pasado 40 años desde su huida (comp. Ex. 7:10 con Hech. 7:30), y ya tenía ochenta años cuando se le apareció el Señor en la zarza ardiente (Ex. 3 y 6), enviándole a la obra de la liberación de su pueblo en el nombre de Yaveh, el Dios absoluto. Como paso inicial debe exigir que el Faraón le permita a Israel salir al desierto por tres días para celebrar allá una fiesta de su dios. Todos los argumentos presentados por Moisés en contra de su llamado son rechazados, el último con la reacción de que su hermano Aarón debe llevar la palabra por él. (Ex. 4).

Entretanto no se había mejorado la situación de Israel en Egipto. Moisés no encontró en el pueblo una acogida favorable para su mensaje, y esto tanto menos cuanto más atormentaba el Faraón al pueblo. Era evidente que la liberación no tuvo su punto de partida en este pueblo sino en los designios de Dios que para tal fin se había elegido a su profeta.

La transformación de la vara frente al Faraón que fue un prelude de los subsiguientes milagros de juicio y que al mismo tiempo se acomoda a las costumbres en Egipto, debe convencer al regente de que Yaveh es el Señor también en Egipto (Ex. 8:10).

Siguen las diez plagas, propiamente dichas, con que hace impacto en Egipto el poder inmenso del Señor. Ya en la plaga tercera se malogra el arte de los encantadores, de modo que deben confesar: "Esto es el dedo de Dios", y el Faraón promete que Israel podrá salir por tres días al desierto. Pero tan pronto como la plaga es quitada, la promesa

queda anulada. Esta maldad del Faraón que se niega constantemente a obedecer la voz del Señor, le causa finalmente su endurecimiento. Hay que observar que se lee en las Escrituras cinco veces que el Faraón endureció su corazón antes de decirse en lo sucesivo, que Dios endureció al Faraón.

Por una parte las plagas debían demostrar que la palabra hablada por Moisés era realmente la palabra de Dios, y por otra parte debían causar en el rey una impresión tal que diese honor a Dios. Siempre de nuevo se pone término a la plaga para conmover el corazón del rey; con esto se recalca y se hace comprender que Dios no quiere la muerte del impío. Pero cuando el Faraón se obstinó en oponerse a la bondad de Dios desbaratando de un modo intencional la impresión que le hicieron las plagas, entonces Dios finalmente le endureció.

Así hubo de producirse el juicio terrible con que se derrumbó la resistencia del Faraón. Cuando fueron muertos los primogénitos y retumbaban de lamentos todas las casas de los egipcios, Israel salió apresuradamente. En lo sucesivo, la fiesta de Pascua recordaba esta salvación del ángel de muerte y la salida apresurada, como por otro lado la santificación de los primogénitos se explica por la salvación de los primogénitos israelitas en Egipto.

Al Exodo siguió pronto un hecho salvador aún más impresionante, la liberación definitiva del pueblo en el Mar Rojo frente a los egipcios que los perseguían, un acontecimiento fundamental a que se refiere casi toda la literatura del A. T., sea de carácter profético o poético. Basándose en esta intervención Dios reclama a este pueblo como propiedad suya (Is. 11:15 s.; Mi. 7:15; Is. 63:11; Sal. 77; 78; 105; 135; 136 et al.). La historia determina generalmente a Tutmosis III (1504-1450) como el Faraón de la opresión y a Amenofis II (1450-1424) como el Faraón del éxodo.

La meta inmediata de la salida era el "monte de Dios", el monte de la manifestación divina. En el camino se hicieron patentes siempre de nuevo la poca fe, la impaciencia, la desconfianza de la muchedumbre que pudieron ser doblegadas solamente por las demostraciones de la omnipotencia y de la benignidad de Dios, las señales de la columna

del fuego y de humo, del don de maná, de las martinetas, del agua que brotaba de la peña, de la derrota de los amalecitas por el poder de la oración de Moisés, o la señal de la manifestación divina en el Sinaí.

Por intermedio de Moisés se realizó aquí la conclusión del pacto, pero aquí se volvió a demostrar muy pronto, cuando el pueblo se entregó a la idolatría, la grandeza del alma de Moisés, quien se ofreció a sí mismo como ofrenda de inmolation en lugar de los rebeldes (Ex. 32:20 s. —Rom.— 9:3) y no descansó hasta que el Señor prometió de nuevo ser el conductor de este pueblo.

Después de haber acampado frente al Sinaí casi un año, el pueblo partió desde este lugar guiado por el cuñado de Moisés, para dirigirse al norte. Pero las sublevaciones del pueblo se repetían, y cuando su falta de fe llegó a tal extremo que se negó a ir a Canaán, ni Moisés con su recurso a la misericordia de Dios, pudo cambiar el fallo del Señor de que esta generación no habría de ver la tierra de promisión. Muchos puntos de la siguiente peregrinación de cuarenta años a través del desierto permanecen oscuros, porque las jornadas de esta migración no siempre se pueden esclarecer. Tampoco es así, que el pueblo siempre haya estado en marcha. Se menciona una permanencia larga en Quadesh. Pero aún al final, al haber llegado el tiempo de entrar en Canaán y cuando por causa de los moabitas y edomitas primeramente debieron hacer un rodeo largo hacia el sur y después al oeste del monte Seir siguiendo en dirección a Transjordania, se producen de nuevo rebeliones del pueblo y los correspondientes castigos. Por cuanto en uno de tales casos aun Moisés y Aarón perdieron su fe, tampoco ellos podrían participar de la entrada en Canaán. En otra oportunidad las murmuraciones fueron castigadas por serpientes peligrosas; fue Dios mismo quien ofreció el remedio mediante la serpiente de bronce. Después de haberse ganado dos batallas en el Arnón contra los amorreos, quedó abierto el camino para ocupar el país al este del Jordán. Los moabitas trataron de corromper a Israel por medio del hechicero Balaám sin medirse en una batalla campal. Cuando se malogró esto, consiguieron despertar en ellos los deseos carnales por medio del culto sensual del

dios Baal, lo que provocó el juicio divino de ira tanto sobre Israel como también sobre Madián.

Con los 40 años llegó a su término también el tiempo de vida de Moisés. El territorio ocupado al este del Jordán fue adjudicado por él a las tribus de Rubén y Gad y a la mitad de la tribu de Manasés, pero bajo la condición de que prestaran su ayuda a sus hermanos al tomar el país. En las llanuras de Moab, según se nos informa en el Deuteronomio, repitió la ley inculcándola con las modificaciones que se hicieron necesarias porque los hijos de Israel estaban a punto de radicarse definitivamente en el país y porque estaba por terminarse la peregrinación. En un himno profético les predijo los caminos de ellos mismos y de Dios, siendo un profeta del agrado de Dios (Deut. 32) y bendijo individualmente las tribus como antaño lo hiciera Jacob antes de morir (Deut. 33). Desde el monte Nebo pudo ver aún el país prometido que fue la meta de su esperanza y de su conducción del pueblo. Después murió en la comunión con Dios, tal como había vivido, teniendo 120 años de edad (Deut. 34:7). Su sepulcro nunca se descubrió. Israel lamentó su muerte durante 30 días.

De este modo Moisés, que originalmente tuvo un temperamento violento, a través de una larga vida llegó a ser el "hombre de Dios", y aún el "siervo del Señor", como no hay ningún otro igual en el pacto antiguo que se haya subordinado tan completamente a la voluntad de Dios (Num. 14:11 ss.). Así había aprendido a dominarse y humillarse, de modo que con razón pudo llamarse el hombre **más manso y humilde** (Num. 12:3). Porque comprendió toda la carga de su vocación, debiendo ser un **padre** de este pueblo, esta carga se le hizo siempre más pesada, cuanto más este pueblo mostraba ser de dura cerviz. Y no obstante siempre de nuevo estaba dispuesto a cargar **como sacerdote** con las faltas del pueblo frente a Dios, a cubrirlo con su intercesión y a atraer como sustituto sobre sí mismo la ira justa de Dios. Con todo esto no fue comprendido por la gente ni ayudado por sus parientes más cercanos. Hasta sus hermanos intrigaban contra él. Todo esto, sin embargo no pudo amargarlo. Pero tal humildad no era debilidad. Donde se trataba del honor de Dios podía ser inexorablemente seve-

ro (Ex. 32:27). Cristo le llama **un profeta**. De él se afirma con más frecuencia que de otros hombres de Dios, que Dios le haya hablado. Más frecuentemente que otros es llamado "siervo del Señor", o aún "siervo de Dios". De este modo él era el profeta sin igual (Num. 12:6 s.) que estaba en contacto con Dios cara a cara (Deut. 34: 10), que podía ver al Señor sin velo. Por eso de su rostro irradiaba la gloria de Dios de modo que debía cubrirlo delante del pueblo (Ex. 34:29 ss.).

Si Moisés es llamado el **mediador del pacto** que imprimió a Israel su sello teocrático, por lo cual en lo sucesivo era el pueblo de Yaveh, entonces hay que tomar en cuenta que fue Moisés el que estableció el arca del pacto en el santo tabernáculo, que instituyó la tribu de Leví como la tribu sacerdotal, que distinguió particularmente una familia de esta tribu, la casa de Aarón, entregándole el oficio del sumosacerdote, y que estipuló en lo esencial la manera de los sacrificios y ofrendas, todo eso según las indicaciones divinas.

Se destaca con bastante frecuencia que él personalmente hizo las anotaciones respectivas, (Ex, 24:3 s.; 34:27; Deut31:9), sea que se trataba de fijar por escrito las leyes (Ex. 24:4-7), o de datos históricos, como p. ej. la batalla contra los amalecitas (Ex. 17:14), o de referencias a las jornadas (Num. 33:2). Con razón se le atribuye en el N. T. una posición singular como mediador del antiguo pacto. Cristo y los apóstoles le consideran el autor del pentateuco (Luc. 24:44; Marc. 12:26), o el mediador de la ley, que en parte se presenta junto con los profetas como dador de la ley, mejor dicho como intermediario de la Palabra de Dios, especialmente junto con Elías (Mat. 17:3), siendo el papel correspondiente de los profetas el de inculcar de nuevo la ley recibida en tiempos anteriores. En este sentido el N. T. puede pronunciarse en forma concluyente: La ley fue dada por Moisés, pero la gracia y la verdad llegaron por Jesucristo" (Juan 1:17).

F. L.